

Enrique Llamas

**LOS CAÍN**

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Enrique Gutiérrez Llamas, 2018  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-091-9  
Depósito legal: M. 4.726-2018  
Printed in Spain

*A mi padre que, sin saberlo, me contó esta historia*

*A mi madre por ser la mía*

*A ambos, por el aliento*

—¿Por qué hace esto, agente Cooper?

—Porque hay que hacer algo por los lugares en los que el ámbar todavía significa frenar y no acelerar.

DAVID LYNCH, *Twin Peaks*

Dani enarcó las cejas espesas y ladeó ligeramente la cabeza.

El tono de voz de Víctor era excitado y dolorido:

—Él también odia, ¿sabes? —dijo pausadamente—:

Odia como nosotros.

MIGUEL DELIBES, *El disputado voto del señor Cayo*

Y señaló un boceto que representaba a un hombre musculoso y desproporcionado apoyando la planta del pie en el pecho de un mono muerto.

—¿Sabes cómo se titula?

—No.

—Caín.

ANA MARÍA MATUTE, *Los Abel*

Los hechos registrados en esta novela tuvieron lugar  
en Castilla a principios de los años setenta.  
Que los crea quien lo tenga a bien.



Primera parte  
Versos sueltos





## Avanzan de dos en fondo

---

Nadie supo nunca que aquella primera noche la tumba de Arcadio Cuervo quedó mal cerrada. Y nadie, ni siquiera sus hijas, supo que siempre habría de estarlo porque en la tarde del entierro ya anochecía, y la cerraron deprisa y a ciegas. No sirvió de nada que al día siguiente, cuando la mañana apenas clareaba, la persona encargada intentase sellarla con la tranquilidad de quien sabe que, entre los vivos, los muertos solo dejan herencias.

El entierro de Cuervo fue uno de los muchos al que la mitad del pueblo acudió solamente en cuerpo. No había viuda, y sus hijas adolescentes se hicieron cargo de todas las premuras con las que dieron tierra al padre. El funeral por el alma de Arcadio escribió lo que a partir de ese momento empezarían a ser las costumbres de los vecinos durante los días de luto.

Fue Josefina, la mayor, quien instauró las pautas de aquellas situaciones en el nuevo Somino. La primera en sufrirlas fue su hermana Elvira. Tras ellos, todo el pueblo las asumió con la inflexibilidad que imponen algunas leyes.

A las niñas, aun cuando estaban ya canosas, el pueblo las trató con la compasión de quien no quiere imaginarse sin padres, unos sentimientos que dejaron en ellas la sensación de que siempre las mirarían como se mira a los desamparados. Unas hijas en eterno abandono porque la madre había muerto

en el parto de la pequeña, y funeral y bautizo se celebraron en días consecutivos.

El recuerdo que tendrían de ella quedó enmarcado en la fotografía del bautizo de Josefina. Era lo que se decía en el pueblo una mujer guapa, con los labios pintados y el cuello inclinado como hacían las artistas de cine. Miraba —debilísima y feliz— a la cámara mientras sostenía en brazos a un bebé recién nacido. En la imagen aparecía sentada en el salón de su casa, el pelo cuidadosamente ondulado caía sobre sus hombros. Venía de una ciudad del norte. De niña, Elvira observaba la fotografía apoyando sus manos en la encimera del aparador. Fijaba sus ojos en los de su madre —que en el blanco y negro intuía de un color tan parecido—, en el peinado que nunca nadie le enseñó a conseguir y en el supuesto rojo de los labios que no se atrevería a usar en su vida. Pero, sobre todo, miraba el traje de chaqueta negro sin ser capaz de encontrar la palabra con que decir que era elegante.

Desde que tenía memoria, su padre había dormido sobre un estrecho escaño en una alcoba sin ventana, aunque seguía guardando la ropa en la habitación que había compartido con su mujer. Más de una vez, cuando estaba sola en casa o cuando los demás dormían, entraba silenciosa en la alcoba que había sido conyugal para buscar aquel traje de chaqueta. Elvira respiraba el olor helado que salía del armario cuando lo abría de par en par, como un reducto donde el pasado feliz permanecía escondido, temeroso de ser conquistado definitivamente por otro olor más ácido. El día en que el cuerpo de su padre volvió a tocar la cama de esa habitación, después de varios años, fue aquel en el que ella y su hermana mayor lo colocaron allí para amortajarlo y velarlo.

En pocas ocasiones a lo largo de su vida se atrevió a preguntar en voz alta por su madre: nunca la nombraban. Tenía un miedo enquistado a la altura del hígado. Se negaba el derecho al dolor que suponía el no haberla conocido.

Sin embargo, su lado consciente nunca supo que el vínculo que mantenía con ella era aquel olor que al abrir las puertas del armario le acariciaba la cara con la fuerza de lo que promete no agotarse mientras se mantenga escondido. Era un olor seco que llenaba estómago y pulmones para pasar a la sangre cuanto antes. Se agarraba a su cuerpo de niña. Muchas veces, si Josefina se demoraba en aparecer, después de abrir el armario se dirigía hasta el antiguo tocador que llevaba tantos años sin usarse y se rizaba las pestañas con el envase metálico de una añeja vaselina que llevaba allí toda la vida.

Pero la tarde en la que murió su padre no se paró Elvira Cuervo a pensar en ese olor, aunque hubo un momento, cuando estaba sola, en el que colocó maquinalmente su mano en el tirador de la puerta del armario. No se atrevió a abrirlo por el pudor que en ese instante le produjo ver por primera vez a sus padres juntos. Cuando la mayor volvió de buscar en la despensa qué ofrecer de comida a los vecinos, con el rosario y el misal en la mano, ella ya estaba sentada en la misma postura en la que su hermana la dejó para irse a la cocina.

Las primeras memorias que tenía de ella eran flores de almendro prematuras, heladas en batalla, tan pequeñas que nadie hubiera podido decir que eran flores.

Elvira Cuervo recordó toda su vida el patio del colegio. Aquellos días en que una amiga se acercó a preguntarle, llevando en los ojos el brillo característico del miedo y la pena que dan los monstruos no culpables de serlo, si era verdad que su madre había muerto porque ella naciera. Al fondo del patio la peor de las crueldades: la infantil. También recordaría siempre gestos de desdén cuando su hermana le pasaba los platos enjabonados para que ella los aclarara y secara a la hora de hacer la vajilla, o cuando le tocaba ir a lavar ropa al arroyo.

Recordaba que Josefina no le dirigía la palabra cada trece de junio al salir de la misa de cabo de año, o cómo miraba a otro lado ese mismo día, a la hora de la comida, cuando su padre le daba el regalo de cumpleaños de parte de toda la familia: una comba, una peonza, una horquilla para el pelo. Recibía el regalo con un sentimiento de culpa que le hacía morderse la lengua, que le impedía sonreír con la normalidad con la que un niño sonríe el día de su santo, como todo el mundo llamaba al día de su cumpleaños.

Recordaba, sobre todo, aquellas miradas que solo tenían como objeto que Elvira las notara. Eran aleatorias, sin fecha ni hora ni comportamiento previo que las anticipara. Y eran tantas y tan de verdad que aprendió a temerlas en todo momento. Empezaban siempre de espaldas para acabar de frente; miradas torcidas, sin un quiebro. Llegaban sin aviso durante las cenas, en las calles cuando caminaba detrás de ella sin que lo supiera, las mañanas de Reyes en que la niña todavía creía en Oriente. Hasta que Josefina se ocupó de que dejara de hacerlo.

Josefina la había tratado siempre con la displicencia de quienes hacen culpable a otro sin razón.

Nunca nadie en Somino, ni siquiera Arcadio Cuervo, hubiera dicho que sus hijas tenían entre ellas las peleas propias de las niñas de su edad porque no las tenían. Nunca nadie hubiera dicho que cuando no había más ojos delante, la mayor sacaba a pasear el fantasma encadenado de su madre para culpar del peso de los eslabones a la pequeña. Esto último Elvira jamás lo mencionó, nunca se atrevió a decírselo a sí misma. Los que creen ser parte culpable en un crimen dudan siempre si entregarse a la justicia.

Por eso mismo, la niña temía ya siempre las miradas de verdugo cuando se quedaban a solas o nadie las veía. Cada vez se espaciaban más porque ya no eran necesarias; habían cumpli-

do su cometido: que las esperase siempre. Y por eso también recordaba otros momentos que sobresalían en la corriente, pescozones que no dejaban dormir.

Recordaba una mañana pálida, ayudando a quitar la nata de la leche, y la voz aún infantil de Josefina a su lado:

—... como mamá murió porque tú *nacistes*...

Y no recordaba más. Ni el comienzo de aquella frase ni su final, ni por qué salió por su boca. No recordaba si era invierno o verano u otoño, si iban a las escuelas o si estaban de vacaciones. Solo recordaba la luz amarillenta que tiene el papel viejo de periódico y que parecía salir de las paredes, el mármol blanco y frío de la encimera de la cocina, la presión exacta y cada vez mayor que soportaba su muñeca aguantando el colador en el que iba quedando atrapada la nata. Y aquella mirada.

La misma mirada que volvía en las noches de tormenta, cuando los plomos saltaban, mientras escuchaban en la radio *Matilde, Perico y Periquín* y Josefina acallaba los sollozos de su hermana:

—Si estuviera mamá, ella encendería el quinqué..., pero como murió porque *nacistes* tú...

Muchas veces, cuando Elvira empezaba a notar esos ojos a su espalda, iba a buscar a su padre a las tierras. Para llegar bordeaba una buchina enorme que los del pueblo habían construido en la parte trasera de su casa.

—Pero niña, qué haces aquí.

Ella callaba siempre, y fue ese silencio hacia los demás el que, por su tenacidad, acabó extendiéndose a sí misma, anegándolo todo como una mancha de óxido, llegando a prohibirle, en las cercanías de la edad adulta, incluso recrearse en la foto del aparador en la que todo era latente aún: la muerte de su madre, la amargura del padre y su dedicación a las hijas, el escaño bajo y oscuro, la cama matrimonial abandonada, el aire tibio de cada san Antonio. Latente ella, que no había na-

cido aún, y lactante Josefina, sin dientes, calva, con la lengua de trapo, totalmente dormida y ciega todavía. Esa recién nacida que no hablaba ni miraba y que no sabía de su orfandad perenne y luego ya completa. Latente, sin ser como ella la conocía, sin el mínimo atisbo de que su hermana fuera a manifestarse como llegó a ser. Una imagen de un tiempo que murió en el momento en el que ella nacía y que su silencio le había impedido visitar siquiera mirando una fotografía.

Nada tenía que ver aquel bebé lejano con la Josefina quinceañera que tiñó y puso a secar ropas negras, una Josefina a la que le acababan de segar la juventud de antemano, pero no el bozo que se perpetuaría ya para siempre sobre el labio superior de su rostro y que dictó los códigos del luto al resto de vecinas.

Fue un accidente nefasto el que puso contra las cuerdas por primera vez a Somino y también el que causó la muerte a Arcadio Cuervo; su hija Josefina decidió que la primera en saberlo y ayudarla con los preparativos del sepelio sería su hermana Elvira.

A la mañana siguiente, con las ropas teñidas de negro y tras haber agitado el vino, sacado unos turrónes duros de la Navidad pasada o de la anterior y hacer todo el café que le fue posible, mandó a la niña a avisar al cura.

Los del Llano acudieron inmediatamente a la casa de los Cuervo. Los del Teso no llegaron hasta la incómoda hora de la siesta, muy ufanos ellos de tener razón respecto a lo que había ocurrido. A todos les sorprendió la velocidad del luto opaco, tieso y con nombre propio que tan rápido había bajado hasta esa casa. Era una niebla que caló en los cristales, en los quicios de las puertas, en las paredes, que las amarilleó como el tabaco para, de algún modo, no irse nunca. Don Dámaso, el párroco, preguntó nada más llegar si se había avisado a un forense, a un juez, a un médico o a algún tipo de fuerza viva del lugar que determinase la causa de la muerte.

—Mi padre está muerto y punto.

Fue entonces cuando alguien, cuya identidad el resto del pueblo tardó poco en conocer, avisó a la Guardia Civil desde Villabriz. En Somino no había teléfono, aunque pronto decidieron las Cuervo montar en su salón una cabina para ganarse la vida.

De esta forma llegaron Curro y Palomo por primera vez a Somino, aunque todavía no habían recibido esos motes. Tampoco sospecharon que acabarían conociendo las calles de ese pueblo tanto como desconocerían el interior de sus casas. Aquella primera ocasión no les temieron los del Llano, ninguno excepto Josefina, y los del Teso pensaron que a lo mejor caía alguno en chirona. Pero esa fue la primera vez y, por lo tanto, transcurrió distinta a todas las demás, porque al final todo el mundo en Somino acabó temiendo a aquella figura formada por dos tricornios de sombra alargada. Fueron las cuatro manos de aquellas capas verdes las que manipularon el cuerpo, decidieron que había sido accidente, comprobaron que todo se debió a una piedra secamente ensangrentada que se le había clavado a Arcadio Cuervo mientras caminaba hacia atrás, con la carretilla, en un extraño campo yermo que había cerca de la casa. Se atribuyeron unos conocimientos médicos tan oxidados como sus uñas largas y amarillas, y que no pensaba ejercer el doctor, quien, a su llegada a la casa, se encerró con los guardias civiles y una botella de vino, dictaminó la muerte por contusión craneoencefálica sin consultar ni el cráneo ni el encéfalo ni la piedra ni la contusión, y recurrió al testimonio de la hija mayor sin fijarse en que los ojos de aquella muchacha a lo mejor se movían demasiado nerviosos. Le hicieron contar cómo fue la caída de su padre y ahí se acabó todo. Nunca se plantearon que quizás ella no había estado presente en el momento del accidente.

Nadie pidió más informes que el de los tricornios y el de ese médico que ya llevaba muchos años postergando su jubila-

ción. Si no hubiese sido así y se hubiera tratado de otro alcalde, otro forense, otro tiempo, otro tipo de autoridad la que hubiera visitado aquellas tierras yermas donde perdió la vida Cuervo, se hubieran dado cuenta de que hasta hacía poco allí pasaban el rato los niños bañándose en una buchina cuya huella aún estaba fresca en la tierra. También de por qué sufría tanto horror aquella Josefina que decía haber visto caer a su padre sobre una piedra.

Ese fue el día en que ya para siempre don Dámaso supo que serían don José Chamorro y don Esteban Pisabarro —el Curro y el Palomo— las dos únicas figuras capaces de seguir infundiendo terror en los habitantes del pueblo, ya dividido para siempre en ese primer funeral de esta definitiva etapa. Daban miedo, pero también cautela, a aquellos parroquianos que mostraron su separación física al sentarse los del Teso en el lado derecho de la iglesia y los del Llano en el lado izquierdo, mirado todo desde el ángulo supervisor e impotente de monigote asustado y quemado por el sol que era el párroco. Un espantapájaros. Se trataba de una división rectilínea, visible incluso para los más ignorantes, capaz de permanecer inmaculada dos décadas más tarde, en el entierro de una joven que no llegaba a los veinte.

El funeral de Arcadio Cuervo no se retrasó como lo haría, muchos años después, el de Antonia Lobo, porque en esas circunstancias las huérfanas siempre mandan. A Arcadio le fueron dadas las preces a las siete de la tarde. Hubo que llevarlo rápido al cementerio porque ya oscurecía, mientras detrás del féretro la hija mayor ordenaba a los que lo cargaban que apretasen el paso.

—Josefina, será mejor hacerlo mañana. Podemos dejar el cuerpo en la iglesia. Si celebramos el funeral vamos a tener que ir a mataballo porque se nos hace de noche. Intenta convencer a tu hermana. Podéis quedaros a velarlo si queréis.



Pero ella fue inflexible ante el cura y, nada más salir por la puerta de su domicilio los dos números de la Guardia Civil y don Pablo Julián, médico forense en su actitud y borracho profesional, le impuso que el funeral durase tres cuartos de hora. Y fue por eso, por falta de luz, por lo que la lápida no se pudo fijar bien, algo que nunca supieron los habitantes de Somino.

—Si no se mueve la lápida, déjala, y si hay que acabar, mañana se acaba a primera hora —ordenó la mayor de las Cuervo deslizado un billete en el bolsillo del enterrador—. No hace falta que se enteren los vecinos, ya se sabe que en los pueblos se habla mucho.

Y así ocurrió que nadie supo nunca que aquella primera noche la tumba de Arcadio Cuervo quedó mal cerrada. Y ni siquiera sus hijas se dieron cuenta de que siempre habría de estarlo porque al día siguiente la chapuza estaba seca y era imposible arreglarla. Tampoco don Dámaso lo supo. Cuando llegó al cementerio para rezar de nuevo ante la tumba parca y también reciente de la niña Esther, el enterrador que había intentado rematar sin éxito la faena ya se había ido. El cura tampoco reconoció, ni a nadie ni a sí mismo, que había sido él quien montó en una bici oxidada para llamar desde la casa de teléfonos de Villabriz a los guardias. Fue él quien marcó y memorizó ya para siempre el número que establecía conexión con la casa-cuartel y con don José Chamorro y don Esteban Pisabarro. Aquella fue la primera vez, y en los siguientes años no dudó en llamarlos cuantas veces hiciera falta, recordando en cada ocasión a las ya huérfanas de teléfonos que era pecado mortal escuchar las conversaciones de los demás. Después, el párroco llevaba su mano izquierda a aquella distancia que mediaba entre el auricular y su boca, dejando solo al conocimiento de Dios sus anónimas denuncias. Siempre había renegado del cuerpo como renegaría más adelante de aquella pareja de

ineptos con oídos rebosantes de cera, pero nunca dudó en volver a llamarlos con culpa porque, amargamente, aprendió que eran ellos la única autoridad capaz de conseguir que el pueblo, que sangraba para siempre su división en dos mitades, estuviera tranquilo. Lo hacía con la pena del domador recién estrenado. Y lo siguió haciendo sin que se le quitara ese tembleque interno al agarrar el látigo, avergonzado ante Dios, anónimo, sin que su mano derecha supiera lo que hacía la izquierda, hasta un día de san Fulgencio en que murió. Entonces las huérfanas de teléfonos entendieron que, con una buena penitencia, se salvarían de la condena por poner la oreja a las llamadas que los demás hacían por el teléfono con el que se ganaban los duros. Y fue la muerte del cura la que acabó de descubrir a los vecinos de Somino de quién era la voz que avisaba a la Guardia Civil, porque tras el deceso las huérfanas poco tardaron en hablar.

No volvieron los guardias tras la muerte de don Dámaso. Y ya eran recordados como una batalla vieja cuando, en aquel mismo lugar, Sofía León consiguió desarrollar un impulso por el que acordarse de regar los geranios del balcón cada día. Sin embargo, aquella mañana en que mediaba septiembre, la misma en la que volvió la Benemérita, se olvidó de hacerlo.

Los geranios eran unas plantas persistentes y tozudas que se negaban a tener en cuenta las inclemencias del tiempo: quizá por eso florecían. Sofía las había puesto allí, de cara a la calle, porque no quería asumir ante los vecinos la derrota que supondría cuidar de cualquier otra planta más exigente. A finales de verano todavía mostraban parte de su color, doblado, eso sí, por las horas de estío. Si aquel día Sofía no se hubiera olvidado completamente de sus plantas, habría dejado a primera hora la puerta del balcón entreabierta, pero como no fue así, el interior de su casa no traslució aquella mañana en absoluto a la curiosidad de sus vecinos, una curiosidad que desper-

taba chismorreos y desconfianzas. Estas habladurías ella las cogía de refilón, siempre sin dar respuesta.

Era un rencor predefinido, hecho con plantilla, el que tenían los habitantes de Somino hacia aquella casa, porque la habitaba una forastera a la que jamás debían dejar ser partícipe en la vida del pueblo. Un rencor muy distinto al que los vecinos de aquel pueblo recuperaron hacia la pareja de la Guardia Civil que, desde primera hora de la mañana, aguardó en las puertas del colegio a su director. Estaban demasiado rígidos para que los vecinos notaran ese titubeo miedoso que se dejaba ver en sus rodillas cada vez que cambiaban de postura, cada vez que Patricio Codesal y Sisinio Calleja sentían la marca del tricornio sobre su frente. Llevaban ese día los vecinos una postura de falso recogimiento, con los hombros aproximando sus posiciones, pero la cabeza demasiado alta como para llorar sinceramente en el funeral que estaban a punto de presenciar. Entre aquella gente, mirando con un instinto animal a la autoridad, estaban Josefina y Elvira Cuervo, en quienes se fijó el joven maestro que aquel día comenzó su sustitución, un muchacho guapo pero con la cabeza despiadadamente grande. Las hermanas avanzaban vestidas de negro y muy juntas, arrimando entre ellas un hipotético dolor para hacerlo parecer más grande y más negro, más ostentoso. Entoñaban todo el color. Rondaban sus años civiles apenas los cuarenta, los que se apreciaban desbordaban con creces el cauce de las seis décadas.

La muerte de Antonia Lobo había pillado a Somino con las zapatillas de andar por casa y a deshora, la madrugada del primer domingo de septiembre. Tenía diecinueve años y a nadie le sorprendió. Los del Llano pensaron en las obligaciones que suponía un fallecimiento de ese cariz: acudir a la iglesia con el calzado de fiesta, pasar por el ábside a dar el pésame y que un par de personas en representación de las demás fueran al ce-

menterio. Porque para los del Llano, de donde eran las vistesantos Josefina y Elvira, aquello había sido una muerte merecida y buscada, pero para los del Teso, el lado norte de Somino —y esto los del Llano lo sabían—, aquello era una batalla perdida.

Los diarios provinciales apenas habían reseñado una breve nota, a una sola columna, que sobrevoló el superficial interés de los periódicos como una mala niebla de primera hora: «A. L. J., de diecinueve años, resulta muerta tras despeñarse a altas horas en la sierra de la Culebra». Decía la prensa que al parecer la joven había frenado en seco en una curva cerrada y oscura, conocida en la zona por su peligrosidad. Solo uno de los periodistas aludió muy brevemente a la carencia de A. L. J. de licencia y del permiso paterno para conducir. Ninguno incluyó fotografía. Los lectores más avisados, aquellos que por hábitos de provincias leían las esquelas, se dieron cuenta de que la de una chica de diecinueve años no fue publicada hasta más de diez días después, anunciando el funeral y posterior entierro a la mañana siguiente. Poco más dijo la radio: a Somino llegaba distorsionada y costaba acostumbrar los oídos para distinguir las palabras del chisporroteo constante que las envolvía.

Pero, durante esos largos días que trascurrieron desde la muerte hasta el entierro de Antonia, a más de uno de los del Llano, los del sur, les había dado tiempo a cavilar que algo raro ocurría para demorarse tanto el anuncio del funeral. Cuando llegó, se comentó en voz baja y sin que mediara esquila colgada en el descuidado pórtico del templo gótico, como si hubiera alguien interesado en que nadie se diese cuenta de esa tardanza. Nadie se paró a pensar que, qué casualidad, Arcadio Cuervo también había muerto de un golpe en la cabeza tanto tiempo atrás. Las casualidades, a veces, son tan comunes como las cicatrices en las rodillas de los niños. A Jo-

sefina y Elvira Cuervo, del Llano, que desde la muerte de su padre, más de dos décadas atrás, habían vivido solas, asustó y sorprendió la presencia de un par de tricornios. Hacía más de veinte años que no veían sus pasos de plomo ni el charol de sus calaveras.

## Preparativos de viaje

---

Se había esforzado durante días por preservar el olor. Incluso cuando el sol quemaba a través de los cristales de la ventanilla, los había dejado cerrados por miedo a que se escapara. Cuando vio aparecer ante sí la Puerta de Alcalá, pensó que había conseguido mantenerlo intacto durante su primer viaje de carretera.

Dentro todo era suave: los asientos de pelo azul verdoso aún no levantaban oleadas de polvo al poner una mano sobre ellos. La palanca de cambios brillaba, y cuando sacudía las alfombrillas apenas conseguía que cayera de ellas algo de suciedad. Él aún no lo sabía, pero una llamada apresurada que no iba a tardar en recibir le haría perder la costumbre de acariciar el volante antes de girar la llave de contacto. Hacía esto como si quisiera comprobar que todos sus puntos distaran lo mismo del centro, que la circunferencia seguía inmutable a las leyes de la geometría. Antes de bajarse cuidaba también de volver a colgar del espejo retrovisor un rosario que su madre le había enrollado ahí la noche en que llegó con el coche. Lo primero que hacía al alejarse de casa era esconderlo en la guantera.

—En las carreteras hay que ir seguro, hijo. No hace falta que me des las gracias, es un regalo. Te he dejado además bien guardado un paquete de Bisontes. Ven, que te dé un beso.

Cuando Javier le vio colocar el rosario al aproximarse al cruce de Claudio Coello con Hermosilla, justo antes de darle el coche al portero para que lo aparcara, se rio sin pudor. Desde pequeño siempre había sido de los más altos de la clase; lo seguía siendo ahora, sentado en el asiento del copiloto. Tenía los hombros redondos y las piernas rotundas, como si con ellas disparara a patadas los comentarios despectivos que mer-maban a todo el que estuviera delante.

—Pero, hombre, qué haces colgando el rosario del retrovisor.

—No tengo ganas de discutir con mi madre. Por cierto, ahora que la guantera está abierta, hay un paquete de tabaco ahí. —El rosario y el comentario de su amigo le hacían sentir más pequeño. Aún no se había decidido a dejarse barba como Javier. Mientras, de reojo, veía cómo las espaldas del amigo casi desbordaban el antes no tan pequeño asiento del copiloto.

—Menuda sudada llevo, qué manía la tuya de no abrir las ventanas.

No hizo caso al comentario. Dentro de él había cierto pudor infantil a reconocerlo, pero quería que aquello no se perdiera. Más se esforzaba en esa batalla cuantos más elementos olorosos veía: un rosario de parte de su madre era digno de ella, pero que estuviera perfumado... También estaba el paquete de Bisontes, como si ella sola quisiera acabar con lo que más le gustaba de su coche nuevo. Incluso habían parado a fumar tres veces en el trayecto para no hacerlo dentro.

—Chico, los coches los hacen con cenicero por algo. Piénsalo, usa esa cabeza tuya tan grande.

Los asientos eran suaves y estaban limpios, la palanca de cambios brillaba y el volante era una circunferencia tan perfecta que le daban ganas de desencajarlo suavemente y usarlo para explicarles a sus futuros alumnos, fuesen quienes fuesen, que las circunferencias lo eran porque todos sus puntos estaban a la misma distancia de un lugar llamado centro. Equidistancia, se

dice. Nada de monedas o culos de vaso. La circunferencia perfecta era la del volante de un Seat 127. Y, sin embargo, lo que más le gustaba no era eso, lo que más le gustaba lo percibía nada más abrir la portezuela del coche: el olor a un material diseñado para él, el de un elemento que le transportaría al futuro. Estaba en su salpicadero mate y limpio, en las dos esferas que indicaban velocidad y revoluciones, en la ruedecilla dentada que le permitía ajustar el asiento a la distancia perfecta para asir el volante. Olor a coche nuevo. Eso era lo que él había comprado con sus ahorros y lo que temía perder con el paso del tiempo.

Al bajar para darle las llaves a Braulio, el portero del edificio donde siempre había vivido con sus padres, sacudió él mismo la alfombrilla sin conseguir que cayera nada más que un tenue resplandor polvoriento y gaseoso. Se miró, obsesionado, las suelas de las J'hayber blancas. El pavimento de la ciudad de provincias de donde venía tampoco estaba muy sucio.

—¿Ya de vuelta, señorito Héctor?

—Héctor solo, don Braulio.

—De acuerdo, señorito, pero quíteme usted el don.

Don Braulio trataba a los inquilinos con la misma pompa con la que los reposteros envolvían los hojaldres en Viena Capellanes, la pastelería predilecta del barrio. El primer día que el portero vio a Héctor llegar con su coche nuevo supo que durante largo tiempo sería su propietario quien sacudiría las alfombrillas. Le gustaban los dos: niño y coche. El niño, porque no se había acostumbrado a que hubiera dejado de serlo y ya estuviera diplomado; el coche, porque dentro de él podía soñar a sus anchas. No era un modelo grande. Abultaba más la sonrisa de su dueño.

Venía pitando desde antes de girar la Castellana.

—Pero, señorito, ¿un Seat?

Sería facilísimo aparcarlo, pensó, las plazas del garaje de la finca estaban pensadas para grandes Mercedes que —como



reproducidos por papel de calco— se alineaban en los sótanos del edificio.

—Me lo he comprado yo.

Don Braulio se dispuso a aparcarlo.

—No, no, hoy que es el primer día lo aparco yo —Héctor se inclinó sobre la puerta del copiloto sin bajarse, parecía que su sonrisa iba a chocarse contra el salpicadero—. Súbase, suba, qué, cómo huele.

Aquel coche olía a los sueños del portero, olía a un domingo por la tarde en el que llevar a su mujer y a sus hijas de paseo y a merendar a Los Ángeles de San Rafael. Olía a mar, a llevarlas orgullosos a Benidorm la primera semana de agosto. Dentro de ese coche podía soñar. Los Mercedes a sus imaginaciones les quedaban grandes.

—Si quieres un coche yo te lo compro —le había dicho a Héctor su padre—, un coche bueno.

Tres años le había costado superar el disgusto de que su hijo no hubiera estudiado Ingeniería de la Electricidad. Ahora, tras ver sus notas en la escuela de Magisterio, parecía habersele pasado.

—Vamos al concesionario, todavía se acuerdan de nosotros, y vemos qué tienen por allí.

Tras acabar esa frase venía la segunda parte.

—Y pasamos por el Pilar. Que sepan que has acabado ya. Hay maestros a punto de jubilarse, el director te tiene cariño.

Pero el chaval se había empeñado en comprar el coche con sus ahorros. En su cabeza resonaba, con el soniquete de los anuncios de la radio: «Seat, en rodaje». Aquella voz varonil y profunda se le había asentado, reverberante, dentro de las tripas.

Apenas un mes después, Héctor Cruz miraba junto con Javier Román cómo el 127 desaparecía tras la puerta del garaje. Per-

dían su sonido, cada vez más lejano, como quien ve alejarse el coche de línea con un ser querido dentro.

—Vamos, hombre, que se nos calientan las cervezas, vamos a bajar donde Joselín. —Su amigo tenía sed.

—¿Esperamos a que vuelva don Braulio del garaje para que suba las cosas a casa? Ya vendrás luego a recoger las tuyas...

—No, que tu madre me lía.

—La culpa la tienes tú, por andar comprándole siempre los boletos de la Sección Femenina, cualquiera diría que comulgas con la causa. —Héctor parecía enfadarse, pero sin quitar ojo a la puerta.

—Qué dices, si es una buena obra.

—Sí, no me jodas, el otro día oí a una amiga de mi madre decir que en el treinta y seis vio a Carrillo pisar una hostia. Serán carrozas...

Bajaron al bar de Joselín con las dos bolsas de deporte y la caja que habían sacado del maletero del coche. Allí estaban las cuatro cosas que habían recogido de la pensión de doña Reme, la fonda de provincias en la que Javier había vivido los últimos cuatro años y de la que había huido por unos líos de faldas con la hija de su patrona.

Al local de Joselín se entraba por una puerta de madera adornada con cristales verde oscuro. Estaba en un semisótano, y la poca luz natural que entraba se chocaba contra los revestimientos de caoba. La barra era de mármol negro y los sillones de terciopelo color botella. Ellos siempre iban a esa hora porque no había llegado aún la parroquia habitual del «pueblo». Así se llamaban a sí mismos los habitantes de aquel barrio de anchas aceras arboladas que mezclaban el olor a alquitrán con el de magdalenas esponjosas.

—Espera un segundo, voy a llamar a casa para avisar de que estamos ya aquí —comentó Héctor nada más pedir dos cervezas.

—Tu madre, además de beata, es una histérica.

—Te ha dado hoy con mi madre.

—Es que tiene unos collares muy bonitos —comentó con sorna.

Mientras Héctor se alejaba, Javier apuró la primera botella que le pusieron sobre la mesa. Al lado tenía *El Caso*. Como su amigo no miraba, decidió doblarlo y lanzarlo al otro lado de la barra. Sabía que si veía ese periódico, él mismo pasaría a un segundo plano. El día anterior, cuando salió de la ducha, lo encontró en la habitación que habían compartido con un ejemplar de *Yo maté a Kennedy*, pero no estaba leyendo su interior, sino el papel de periódico que forraba su portada.

—Mi padre es un bestia —le dijo esa noche mientras él inundaba la habitación con su olor a colonia—. Ha forrado el libro con un periódico viejo, pero no se ha dado cuenta de que es un ejemplar que yo quería guardar.

—A ti todo te indigna, como cuando te suspendieron por...

—¿Por mencionar en un examen a Giner de los Ríos? El profesor era un ignorante. Y un facha —añadió bajando la voz.

Javier Román sabía desde hacía muchos años que si quería mantener una conversación con su amigo, mejor era que este no se encontrase con ninguna letra impresa: tenía la virtud de quedarse pegado a ellas como las lenguas a los hielos. Cambió su postura para tapar la silueta del periódico doblado. Héctor volvía del teléfono mientras observaba con atención todos los puntos de la barra del bar.

—Vaya, hoy no tienen la prensa. Mis padres ya están avisados de que hemos llegado, se lo había dicho don Braulio. Se han enfadado porque no has subido a saludar.

—Haberles contestado que otro día subo.

—Claro, como siempre. Por cierto, me han preguntado si has decidido qué vas a hacer con tu vida.

—Además de trasladar el expediente de la universidad para volver a Madrid, no sé... Donde estaba había mucho prestigio, pero como en casa en ningún lado. Seguro que aquí me sale algún chaval para entrenar, cada vez está más de moda el tenis.

Javier decía todo esto mientras hurgaba en su bolsa de viaje y sacaba un frasco de Barón Dandy. Durante el trayecto lo había volcado usando como tapón su muñeca derecha, que luego refregaría en cada ocasión contra la izquierda y en el cuello. A Héctor Cruz le parecía que todo el mundo atentaba contra su Seat 127 y su olor a futuro. De fondo, en la radio, sonaba una crónica taurina.

—Este Dominguín... No se sabe retirar.

La puerta del bar de Joselín se abrió. Una joven en uniforme negro con delantal y cofia se aferraba al tirador como si no se atreviese a soltarlo. Venía con la frente brillante de sudor. Parecía haberse dado cuenta en ese momento de que nunca había entrado en ningún lugar como aquel y que, de alguna forma, era un gato asustado y frío fuera del calor de la cocina. Buscó nerviosa con la mirada dentro del bar, la voz de Héctor le mandó la señal de auxilio.

—Lourdit... ¡Lourdes!

Hacía menos de un año que aquella muchacha había entrado a trabajar en su casa. Tenía su misma edad, y desde el primer momento él se había fijado en que se ayudaba con el dedo para leer los ejemplares atrasados del *Lecturas* que su madre dejaba en la cocina.

—Señorito. ¡Señorito!

Levantó la mano para acabar de cerciorarse de que él la veía; estaba tan intimidada por aquel bar de luz verde y vidriosa, por el desacostumbrado olor a habano, que había dado dos pasos hacia atrás mientras rebajaba el volumen de su llamada. Héctor Cruz, el señorito, se levantó azorado mientras la miraba.

Para acabar de amortiguar su voz, el teléfono del bar empezó a sonar, como si su timbre de taladradora metiera a Lourdes bajo una campana metálica. Aun así, cumplió con el recado que debía transmitir:

—Acaban de telefonarle a usted desde el Ministerio —le dijo a Héctor.

—¿Del Ministerio? ¿Y siguen al teléfono en casa?

—No sé, la señora me ha dicho muy nerviosa que bajara a por usted.

Javier Román también se había levantado. Se inclinaba sobre la barra para bajarle el volumen a la radio. Aquello era demasiada charanga incluso para él. Y no, Dominguín no se acababa de retirar, no tendría que haber vuelto al ruedo.

—Chaval, eh. Al teléfono, es para ti. Es el Ministerio. —Joselín no estaba acostumbrado a ese tipo de llamadas en su bar.

Héctor miró como un niño perdido a la criada, buscando en sus ojos los de aquella otra que le había visto crecer y que había fallecido un año antes.

—¿Lourdes? —buscaba una explicación.

—Será que su madre les ha dado a los señores del Ministerio el teléfono de aquí... Lo tiene el señor en su colección de posavasos... —Iba a poner una mano sobre el hombro del muchacho, pero el pudor se lo impidió.

—Chaval, corre, que si es conferencia el contador vuela —Joselín apremió a Héctor.

—El Ministerio está en Madrid, agarrado. Y si es conferencia, que la paguen ellos —le contestó Javier a Joselín.

Héctor caminó con paso ligero hacia el teléfono y agarró el auricular con las dos manos, como hacía cuando niño. Lourdes se quedó en la puerta. Cuando se dio cuenta de que la cofia se le había torcido ligeramente, se la colocó con las puntas de los dedos, como si tuviera las manos muy sucias. Después, avergonzada, se alisó el delantal immaculado. Menos mal que

aquello la había pillado con el uniforme de servir y no con el de cocina. El amigo del señorito palmeó una butaca alta de piel que tenía al lado.

—Ven, guapa, siéntate, que te invito a un vaso de soda.

—No, no, no.

Los noes se pisaban los unos a los otros. Lourdes se aferró de nuevo al pomo de la puerta; no sabía si tenía que salir, pero lo que no iba a hacer era entrar del todo. Héctor tapó el micrófono del auricular con una mano y pidió casi a gritos una servilleta y una pluma. Ella agitó nerviosa las manos. No tenía nada de eso, y ya iba a ofrecer su delantal para limpiar lo que fuera cuando comprendió que la servilleta era para escribir en ella. Menos mal que Joselín solucionó aquella papeleta, pensó, porque le hubiera dado pavor acercarse a la barra. De golpe, todo quedó en un silencio en el que se intuía el rasgar de la pluma. Lourditas seguía sin saber dónde parar quieta la mirada. Su señorito colgó. Estaba sonriente y nervioso, con un gesto muy parecido al de la señora cuando salía a las rifas.

—Era el Ministerio de Educación y Ciencia. Me han llamado para un trabajo el curso entero. Me han dicho el nombre del pueblo, no lo había oído nunca antes.

Otra vez a hacer equipaje, pensó la criada. Esta vez sería una maleta grande. Sabía que el señorito Héctor no se dejaba ayudar, pero menos mal que metió mano la última vez. Si no llega a ser por ella, marcha de viaje sin muda.